

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
"ROMULO GALLEGOS"
DIRECCION DE INVESTIGACIONES
CARACAS, VENEZUELA

IDENTIDAD E INTEGRACION,
CRITICA LITERARIA
Y MERCADO EDITORIAL
EN AMÉRICA LATINA

MILAGROS MATA GIL
ENERO 91-FEBRERO 92

Muy especialmente, se agradece la colaboración de Héctor Malavé Mata, Yolanda Salas de Lecuna, Zoraima Hernández y los compañeros de investigación en la Dirección que bajo esta denominación nos agrupó en el CELARG durante el período 91-93. De todos ellos se tomaron ideas y se aprovecharon aportes intelectuales y personales, que mejoraron sustancialmente el trabajo nuclear de la autora.

Asimismo, se agradece la cooperación de los miembros del personal de la Biblioteca de esta Institución y de la Biblioteca Pública "Alfredo Armas Alfonzo", de El Tigre, quienes, debido a las circunstancias en las que se realizó esta investigación, llegaron a actuar de voluntarios y amables Asistentes y Auxiliares,

mostrándose respetuosos, diligentes para conseguir los materiales necesitados y tolerantes con las diversas exigencias que planteó el desarrollo del trabajo.

Por último, sería injusto negar el eterno agradecimiento al poeta Néstor Rojas, por su compañerismo y su labor de lector de las diferentes versiones de este texto.

A Amelia Spessato, y sus recuerdos de Pascua Florida.

A la memoria del Carnaval.

A mis hijos, como prueba de esfuerzo.

*Y por la fe que nos anima en la resurrección de la carne
y la vida perdurable.*

Es en este último plano donde se origina una comunicación posible y un sentido total que la obra lleva, y que no es ajeno al receptor. La crítica tiene aquí su campo de esclarecimiento: búsqueda y elucidación del sentido total en la obra, que sólo se constituye en el espacio del sentido lector, ambos como existencias desveladas. Los desniveles y diferencias internas, lo escondido en lo manifiesto es, precisamente, ese sentido completo, que la obra acarrea y que el lector encuentra al insertarse en ella. Sentido que no puede estar ausente ni en un polo, ni en el otro, y que es fondo común al que remiten tanto el leer como el escribir. Subyacente, esa apertura al fondo común es objeto de la crítica, zona que debe esclarecerse, explorarse, porque motiva todos los actos, los acompaña y, en último término, constituye su más profundo contenido.

Manuel Balletero

El día que exista una industria editorial que pueda distribuir a todos los países de América Latina el mismo libro con la misma eficacia, estará contribuyendo a la integración de América Latina.

Alvaro Mutis

INTRODUCCION

A medida que fueron terminando los movimientos independentistas, en el siglo XIX, y fueron formándose las naciones surgidas desde ellos, se inició entre los intelectuales latinoamericanos una inquietud por la definición del ethos, en principio planteado nacionalmente y después, como convergencia de elementos que convierten esta región geográfica e histórica en una sola entidad que se ha venido construyendo con diferentes componentes y en diversas circunstancias, pero que tienden hacia un producto total.

Esta inquietud se ha traducido cada vez más en intención integradora, entendiéndolo como integración el proceso mediante el cual el valor de un conjunto (en este caso América Latina) se determina no sólo por la suma de las partes que lo componen, sino por las relaciones que ellas mantienen entre sí, consideradas siempre en forma progresiva y dinámica. Este concepto, aplicado a la región, se entendería como la reunión racional de

un conjunto cuya existencia intuitiva es un hecho, asumiendo que sus elementos están interrelacionados dialécticamente.

El movimiento integracionista latinoamericano hasta ahora ha puesto mayor énfasis en la posibilidad de una acción más o menos común en los espacios económicos y políticos. Pero en los actuales momentos, se han venido incrementando actos políticos y de pensamiento que dan relevancia a lo cultural y lo artístico como formas de demostrar la cohesión del ser latinoamericano. Esto se ha ejecutado mediante la revisión de expresiones estéticas y éticas similares o coincidentes, con el objeto de establecer una base de sustentación: la identidad, que serviría para desarrollar posteriores realizaciones en las otras áreas.

Es evidente que existe coherencia en la cosmovisión de los latinoamericanos. Esta coherencia se pone de manifiesto, sobre todo, en las representaciones ideales y/o estéticas. El arte se produce en medio de un sistema de referentes subjetivos y objetivos que incluyen al artista, su territorio, su historia, sus circunstancias personales, su contexto epocal socio-económico y político, las ideas que maneja y su inserción en el mundo íntegro de su cultura y de las culturas inter-relacionadas que lo sustentan. Hay en el arte latinoamericano un espacio simbólico en el que es posible percibir las equivalencias y semejanzas porque manifiesta los mismos temas, perspectivas, intertextos, lenguajes y reacciones ontológicas y epistemológicas ante idénticas circunstancias y entorno.

Dentro del ámbito del arte, la literatura es la forma de representación que con más potencia expresa los dramas del ser latinoamericano. El escritor es portador de una herencia cultural y de una tradición. Pero, además, es el que está en capacidad de manejar estéticamente el instrumento común que es la lengua. El es el interlocutor de la cultura en la que está inmerso, y también la contraparte del lector, individuo con el que comparte el

tiempo y el espacio. En una sociedad de precariedades continuas, amenazada en su ser más profundo por incidencias foráneas vigorosas, y por estados de dependencia con respecto de metrópolis dominantes, el escritor está destinado a crear un sistema estético y conceptual que rescate y replantee los conflictos, al mismo tiempo que legitime y afiance una historia y una particularidad de ser en el mundo. Consciente de esas realidades, asume la producción literaria como una propuesta que apunta hacia la condensación y, a la vez, hacia la disipación: hacia la cohesión de su cultura original, y también hacia la búsqueda de las fuentes naturales de la cultura universal y sus relaciones e influencias sobre las culturas particulares: entre ambos extremos, igualmente poderosos, igualmente influyentes, discurre el arco voltaico del trabajo por medio del cual se produce la obra literaria en cuanto tal.

En estas condiciones, la crítica literaria adquiere una nueva y más importante dimensión. No sólo se debe comportar como un factor intermediario en la correlación escritor-editor-público consumidor, sino también como una vía comprensiva de la expresión literaria de lo latinoamericano, y como posibilidad de forjar un universo sistemático de la literatura latinoamericana: un macrotexto, aprehensible para los lectores como totalidad dinámica. Vale asumir la proposición de Marcuse en cuanto a que la crítica de arte debía desarrollarse fuera del círculo aristocrático de la reflexión especializada sobre la escritura, y entrar en la vida del ciudadano común. Esa afirmación es respaldada por una serie de críticos de todos los tiempos y de posiciones ideológicas muy variadas, que han establecido la factibilidad de realizar la crítica en una posición más cercana al contexto del lector. Por otra parte, y como es inherente a su misma función, la crítica debe cumplir un papel conscientizador del acontecer histórico, de las representaciones socio-económicas que están contempladas en el texto literario, a partir de realidades conflictivas, y de situaciones de crisis, decadencia y expectativas, pertinentes a los diferentes ciclos y países latinoamericanos, que comparten una serie de situaciones comunes.

En otro orden de ideas, se observa que las editoriales de Latinoamérica tienden cada vez más hacia la masificación y la extensión de los mercados, de tal manera que el escritor puede tener, teóricamente al menos, una mayor cantidad de lectores. Esto responde, por supuesto, a intereses económicos, pero también a una intención política manifiesta de los gobiernos latinoamericanos de esta época que consiste en instituir mecanismos de integración cultural por medio de la producción artística en general y específicamente literaria. En este sentido, se han firmado y establecido convenios donde participan las editoriales de los Estados y algunas editoriales privadas multinacionales. Estos convenios se están llevando a la práctica con miras de instalar un mercado latinoamericano del libro, donde se privilegie el intercambio de los productos literarios y la convergencia de escritores y públicos de diferentes espacios regionales con el objeto de difundir y acrecentar por la asunción de las experiencias compartidas, la producción literaria.

Partiendo de esa circunstancia, es importante una revisión de la actual praxis crítica en función de una ampliación de sus objetivos y obligaciones: la crítica no puede estar desprendida de la realidad de la que surge el hecho literario, ni de las repercusiones y resonancias que éste tiene desde su época, sobre la época del que lee. Tampoco puede seguir realizándose dentro de una condición instrumental, sino que debe incorporar a su instrumentalidad, además de los objetivos estéticos propios de su naturaleza, otros: éticos, políticos, sociales y económicos, en el sentido más amplio de estos términos. En el cuerpo teórico de esta investigación se enuncian algunos elementos que pueden contribuir a crear una teoría y una instrumentación adecuadas para consolidar la función integradora de la crítica, y que pueden resumirse de la siguiente manera:

- * Como una primera hipótesis de trabajo, se formula que no existe una América Latina, sino que, debido a los determinismos territoriales,

culturales e históricos, hay en ella por lo menos cuatro estratos básicos: el ibérico, el indígena-autóctono y el afroamericano y el caribeño. Estos estratos rara vez se encontrarán en estado de pureza elemental, pues se han venido interpenetrando debido a los intercambios y migraciones propios de la dinámica de los pueblos, tomando elementos de uno y del otro. Hay una cierta homogeneidad en los hechos y manifestaciones espirituales de cada uno de la región, lo que permite vislumbrar una integración cultural.

- * Una vez llegados a este punto, se asume como otra hipótesis de trabajo que es posible conseguir un cierto nivel de vinculación con los procesos históricos y culturales universales a través de estados espirituales y formas de vida que son propios de los latinoamericanos. Pero antes, y eso queda entendido, hay que buscar cuáles son los elementos comunes y solventar las diferencias internas.

- * Si se asume como planteamiento eventual el que el crítico tiene un papel conscientizador tanto en el aspecto estético como en el aspecto ético y sus derivaciones políticas y sociales, se acepta igualmente que debe hacer un aporte creativo al mundo de la interpretación y difusión de los valores y antivalores de una sociedad. Su función no es, por supuesto, sustituir al escritor, ni convertirse en el traductor de la obra que es intraducible e inaprehensible, sino adelantar, mediante la apreciación del texto y mediante unos contenidos ontológicos y epistemológicos sólidos, una vía posible para el conocimiento, la comprensión y la transformación de los valores del hombre: esos valores que crea, destaca, perfila y aclara la obra literaria.

- * En todo caso, la primera instancia de precisión debería ser el reconocimiento de que la crítica literaria no es autónoma, sino que está vinculada a otras disciplinas que configuran y se coadyuvan en sus ámbitos lógicos, metodológicos y en su función. La segunda instancia revelaría, entonces, que el objeto y los fines deben estar relacionados solidariamente dentro de una teoría. La tercera instancia estaría encaminada a probar que si el texto literario refleja lo que es la sociedad, la crítica traduce ese reflejo mediante operaciones sistematizadas que hacen comprensible esa traducción. Ambos actos: reflejar y traducir, pertenecen, por su naturaleza, al mismo acto de producción social, y son afectados por las mismas reglas y leyes que afectan a la producción en general, y, por lo tanto, deben imaginarse como partes del mismo juego reflexivo y hermenéutico que implica el todo social.

- * Es decir, se trata de usar los problemas específicos que se relacionan con el estudio, la historiografía y la exégesis de los textos literarios latinoamericanos como una forma de generar un proceso epistemológico que, a la vez que permita aprehender la complejidad del proceso literario sin renunciar a su condición estética ni a sus vinculaciones con el conjunto de los contextos latinoamericanos, establezca bases de sustentación para una infra-estructura informativa y de naturaleza económica. En estos términos, tanto el texto literario como la crítica literaria y, en general, la producción intelectual, son elementos inmersos dentro del concepto global de lo que es la economía política.

- * Entendiéndola de esta manera, la crítica literaria puede ser un factor para el reconocimiento de la identidad del ser latinoamericano, y también para la sustentación del espíritu de integración, hasta ahora tan frágilmente sostenido, y tan imbuido en situaciones de crisis y conflictos.

Ahora bien, si Crítica Literaria, América Latina, Literatura Latinoamericana, son conceptos elusivos, imprecisos y polisémicos: ¿cómo será posible organizar una sistematicidad entre ellos? El objetivo es analizar la potencialidad de la crítica como un factor integrador en dos sentidos: uno, pragmático, fundado dentro de los cánones de la economía y sus contornos, como elementos constituyentes de un mercado de la literatura en América Latina. Y otro donde actúe como base epistemológica y ontológica que sustente la posibilidad de instituir conexiones entre las obras producidas en la región, con el objeto de visualizar el posible sistema literario latinoamericano (incluso si éste es concebido como una red de sistemas), de modo tal que sirva tanto para adecuar el acercamiento de los lectores a los textos como para elaborar una historiografía literaria. En ambos sentidos, la idea es que la crítica literaria produzca convergencias que desemboquen en el mercado.

Si se pretende establecer un mercado de obras literarias en Latinoamérica, se deben aplicar, adaptándolas a los objetivos culturales e ideológicos, las normas usuales de la Propaganda y la Mercadotecnia. Se trata de conformar una política completa con el fin de asegurar la rentabilidad editorial, llevar al mínimo las restricciones arancelarias, revisar las medidas de cambio de moneda, así como los servicios de transporte, almacenamiento, información y divulgación.

El proyecto pasa por varias vertientes claramente diferenciables:

-Constituir una crítica literaria que aborde disciplinadamente y con rigor científico el hecho literario, tanto en la interpretación de los textos y sus contextos como en la posibilidad de que tales textos adquieran un estatuto de organicidad.

-Por medio de esta crítica, permitir al lector un acercamiento real al proceso de la literatura, lo que implica la utilización de un discurso asequible y unos medios de difusión que privilegien la masificación del mensaje.

-Sentar las relaciones entre producción literaria, crítica literaria y estructura cultural de América Latina, como una plataforma coherente desde la cual partir para la interpretación de las obras.

-Aprovechar las condiciones operativas de la crítica para generar un mercado editorial ágil e informado, donde se cumplan las funciones de la convergencia y el intercambio, no sólo en el nivel de las transacciones monetarias.

En este caso, la promoción e información, que sería la base elemental de toda esa política, debe establecerse mediante una estrategia que fundamente la crítica literaria como forma adecuada de difusión. Sin perder de vista, obviamente, que el mercado es el medio y no el fin, pues el fin es incorporar el acervo literario latinoamericano al público lector del territorio. La idea es que un mercado de esa

naturaleza sea el sitio de referencia y encuentro pragmático, el núcleo de intercambio de informaciones, valores económicos y valores signos, donde se desenvuelvan las inclinaciones del conocimiento. Así, pues, el mercado es una vía: parte de su naturaleza es la de ser un estadio fluido de la relación social, y hacia ese esfuerzo de fluidez deben ir dirigidos los objetivos generales y específicos que tiendan a organizarlo.

De ahí el título de este trabajo: Integración, Crítica y Mercado Editorial en América Latina. En él se pretende sintetizar los objetivos de esta indagación. A saber:

-definir los elementos y factores que han producido en la región movimientos que tienden hacia la identidad y la integración, y que se refieren tanto a la originalidad como a la originaridad que distinguen los contextos latinoamericanos,

-proponer una revisión del concepto, la evolución y la función de la crítica literaria en general, y de la crítica latinoamericana en particular,

-cimentar las posibilidades de instalar redes sistematizadas de información basadas en la crítica literaria que elaboren discursos interpretativos sobre el acontecer literario, de forma tal que converjan en un mercado editorial latinoamericano,

-plantear ese mercado como un núcleo de confluencia de los eventos que constituyen la producción literaria de América Latina,

-y convertir esa confluencia en un espacio de identificación e integración que sea a la vez económica, intelectual, espiritual, política y social, para que actúe como elemento que dé cohesión al ya existente sentimiento de latinoamericanidad.

Para desarrollar estos objetivos, el trabajo se dividió en tres partes. La primera, titulada Identidad e Integración, analiza someramente las características territoriales e históricas que conforman la región llamada América Latina, así como el conjunto de relaciones e inter-relaciones que constituyen sus marcas de identidad y su posible integración, como dramas y como posible praxis de la reunión de cosmovisiones artísticas y culturales. La segunda parte, Crítica Literaria y manejos del mercado, revisa el concepto, la forma y la función de la crítica literaria, su presencia en Latinoamérica y las potencialidades de tal actividad en la consolidación de un mercado editorial. Asimismo, toca las definiciones de mercado y mercancías, las características y dificultades del establecimiento de un mercado en América Latina y las condiciones que deberían desarrollarse para que tal mercado tuviera un efecto de fluencias integradoras. La tercera parte, Las vías del laberinto, plantea la naturaleza de la existencia del macrotexto literario latinoamericano, así como las relaciones entre la literatura, el escritor y el mercado, los riesgos y ventajas que esas relaciones podrían tener, tanto para la creación literaria como para el establecimiento de una unidad geopolítica y cultural latinoamericana y las proposiciones ontológicas que derivan de la reflexión sobre el problema.

En todo caso, se trata de conjugar la investigación documental, la especulación exegética, los análisis de contextos, el quehacer literario y los enfoques personales para lograr un todo que sea aporte cultural, y, a la vez, enriquezca la escritura como ejercicio ético y estético. Forzosamente, ésta y toda otra recopilación documental y

testimonial sobre el asunto, será siempre insuficiente e incompleta. No sólo porque este debate está vigente y es permanente, sino por la inexistencia de un real basamento ideológico que asegure el piso sobre el cual se debe elevar la discusión necesaria acerca del papel de la crítica literaria latinoamericana como una forma de comprensión e intercesión hacia los dramas de la integración y la identidad que aún nos aquejan. Eso, sin mencionar las dificultades mismas de fundar el concepto de literatura latinoamericana, en medio del conflicto que está produciendo la ilusión, sustentada por los medios y los centros de irradiación de los intereses metropolitanos, de la existencia de una cultura universal homogénea.

Al final, si bien hay soluciones que se esbozan, quedan sobre el tapete las interrogantes de si el hombre latinoamericano existe, en medio de tantos estallidos existenciales, y de si es factible recuperarlo como un ser-en-el-mundo desde la literatura, entendida como producción consumible, es decir, el producto literario donde se reflejan las realidades múltiples del hombre americano, difundido por medio de un proceso que no sólo obviaría las barreras que han puesto las fuerzas dominantes para impedir el acceso a los lenguajes que permiten el despertar del espíritu, sino que estableciera un espacio de encuentro entre los escritores, como traductores y transmisores de su cosmovisión, portadores del discurso de poder y herramientas elementales para la formación de un sitio desde el cual asumir con plena pertenencia la condición humana. Por supuesto, esta posición entraña riesgos que van desde el peligro de la dispersión hasta el de la excesiva homogeneización.

Y, no obstante, el riesgo vale la pena, justo en este período, cuando todo amenaza desde la era industrial y financiera de las metrópolis, cualificada a veces como post-moderna, cuando es preciso organizar las circunstancias que han legado la historia y

los actos fortuitos o provocados, para afirmar por todas las vías posibles la condición de diferencialidad del latinoamericano: su existencia real como tal, no para forjar los discursos del aislamiento, sino, por el contrario, para tener los elementos de juicio, de razón y de intuición necesarios para asumir el discurso de la integración. Esta afirmación no es sólo retórica. Su importancia es tal que muchos de los baños de sangre que han sido comunes a las naciones del territorio se han hecho en base a los secretos nombres del origen y del deseo sistemático de ser libres, fuertes e independientes dentro del contexto global de las relaciones humanas. En esta oportunidad, el discurso específico es el de la crítica como el gran espejo de los silencios y las palabras.

PARTE I

IDENTIDAD E INTEGRACION

AMERICA LATINA:

¿UN TERRITORIO ESTALLADO?

Pertenece al Imperio Romano, decía Sarmiento hablando de estos pueblos de América; pertenecemos a la Romania, a la familia latina, o, como dice la manoseada y discutida fórmula, a la raza latina: otra imagen de raza, no real sino ideal...

Pedro Henríquez Ureña

Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque, en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil.

Simón Bolívar

¿Existe América Latina?

La formulación de esta pregunta en un sistema binario de respuestas daría quizá como resultado una respuesta afirmativa. En ella se plantea, en principio, un problema cuya solución natural es de naturaleza empírica: el término América Latina, aunque impreciso remite siempre a un territorio perfectamente real e imaginable. Un territorio donde habitan seres humanos, y donde han ocurrido acontecimientos terribles y felices. Su condición y existencia son verificables sensorial e intelectivamente, lo cual aúna a la posibilidad empírica una condición paralela: la histórica.

El término surge en la primera mitad del siglo XIX: a raíz de producirse el movimiento de independencia de los Estados Unidos, los escritores franceses comenzaron a distinguir entre los estados anglosajones y los peuples latinoamericáins de l'Amérique...¹ Esta expresión se refiere a conceptos que son a la vez geográficos, raciales, culturales y políticos. Algunos prefieren usar América Hispánica, para establecer la relación específica con España, y otros, América Ibérica, para incluir las colonias portuguesas. Pero con el tiempo, América Latina ha venido a reflejar la continentalidad semántica del conjunto regional existente, además de reivindicar como símbolo de unidad la parte que a cada quien corresponde de origen común en la tradición del Lacio: del Imperio Romano.

En otras palabras: la expresión América Latina conduce a la imagen mental de un territorio cuyos habitantes tienen algunas características peculiares que los identifican y que varían de acuerdo con los acontecimientos históricos, así como con la situación política y económica imperante en cada coyuntura de la historia.² El sociólogo Gino Germani³ señala dos características esenciales para una definición de la latinoamericanidad: una es, precisamente, el ya mencionado carácter latino, entendiéndose como tal la ethicidad

que proviene de países colonizados directa o indirectamente por el Imperio Romano, y que hablan lenguas derivadas del latín. La otra es la existencia de una unidad cultural: América Latina, que se confronta con otra unidad cultural: América Anglosajona.

Esta última posición atraviesa la riesgosa vía del maniqueísmo. No se trata de dividir el continente americano en zonas de luz y sombra, ni de fijar superioridad o inferioridad entre Norte y Sur: entre lo latino y lo anglosajón, sino de determinar las características de ese territorio que abarca desde el sur del río Grande hasta la Patagonia, y que incluye, la población inmigrante que se encuentra en Estados Unidos y Canadá.

Para encontrar la esencia de la entidad latinoamericana, se tendrían que analizar, principalmente, estos factores, constituyentes integrales de la misma:

- 1) La condición de territorio.
- 2) La formación histórica.

El primer factor tiene que ver con la existencia de más de veinte países en más de veinte millones de kilómetros cuadrados, muy disímiles en paisajes y climas: un territorio tan extenso, diferenciado y ciertamente agreste que necesariamente produce reacciones en el ánimo y el alma de sus ocupantes. La religión católica no pudo (o no supo) establecer núcleos espirituales que concentraran a los individuos, o les dieran posibilidad de anclaje, como lo hicieron las grandes religiones teocráticas indígenas, o como lo hizo el protestantismo. El latinoamericano es, por lo tanto, *un héroe errante*. Y es errante porque carece de un centro que realce su condición de pertenencia. Esta situación de extranjería y descentramiento se manifiesta en términos de búsqueda y diferenciación: búsqueda de un

centro y diferenciación del Otro, que es, quizá, el Padre, violento poseedor de la Madre, depredador, extranjero y desobligado, pero Padre al fin.

Un estudio sobre la identidad americana tendría que referirse a la desinherencia con respecto al ámbito espacial y la consiguiente búsqueda de centros ordenadores, lo que produce una condición de transeúnte, una necesidad de identificación territorial que va desde la toma de posesión del *espacio innominado*, como lo denomina Aínsa,⁴ hasta la fundación de núcleos vitales, y desde la voluntaria errancia hasta la atracción hacia ciudades o países que puedan hacer el papel de eventuales centros.

La sensación de vacío territorial es familiar al hombre latinoamericano, que tiende a sentirse perdido en medio de un espacio cuyas magnitudes presentan una resistencia feroz a la aprehensión. Ante tal resistencia, el hombre latinoamericano pierde el suelo, flota, oblitera la tierra, a veces. Ese desprendimiento, que no deja de ser abstracto, es una manera de expresar el telurismo por medio de la omisión. A la carencia de centros se une entonces el horror al vacío, ese mismo horror que Rilke vinculaba con la muerte. Y, lindando con ese horror, está la admiración y el amor desbarajustado hacia el territorio que lo puede contener (aunque no lo haga, o, por lo menos, no lo haga del todo). El territorio, pues, inmenso, diferenciado, abrupto, imposible de asumir racionalmente por medio de ninguna operación lógica del tipo occidental, es una de las pautas que indican la conformación del ánimo del latinoamericano.

El otro factor es la corriente histórica: tal vez lo que más una en ella a los países latinoamericanos es el pecado original que los conformó: la historia no registra un episodio tan dramático y conflictivo como el encuentro de dos culturas tan dispares: la

européa, tocada por el racionalismo renacentista, y la indígena, llena de elementos mágicos y de interpretaciones intuitivas.

Un grupo minoritario avasalló por la fuerza de su superioridad armada primero, y después por los elementos de dominación religiosa y política, a centenares de miles de indígenas, y del choque de ambas cosmovisiones y de ambos elementos étnicos, quedaron estructuras resquebrajadas de parte y parte, sobre las cuales se hubo de edificar la entidad del continente. A eso es preciso agregar el cúmulo de consecuencias que trajo la importación de negros africanos como mano de obra esclava, que varió sustancialmente el cuadro de la conformación racial y cultural.

La persistencia de los elementos indígenas y africanos han sido un factor coadyuvante a la formación de las diferencias con los anglosajones, pues el modelo de colonización adoptado por los ingleses destruyó las culturas y las formas de vida indígenas en forma sistemática, e implantó familias en forma integral, lo que no favoreció el mestizaje. Por lo demás, y después de haber terminado el proceso de implantación colonial, los descendientes de los conquistadores han venido manteniendo una especie de estricto control para evitar las posibilidades de mestizaje con razas distintas de la blanca, que, no obstante, no ha podido eliminar totalmente dicha posibilidad, la cual se pone de relieve, sobre todo, en diversas manifestaciones culturales.

En cambio, en América Latina, el mestizaje, asumido, aceptado y propiciado por los dirigentes políticos de la Corona, es el proceso más antiguo y más sólido de lo que hay. Es decir, que toda unidad y toda diversidad del territorio latinoamericano están determinadas por esa convergencia que implica de alguna manera lo territorial, pero primordialmente lo étnico y lo cultural.

Es verdad que en otros continentes se da el mismo fenómeno, y hay también en territorios comunes, países vinculados por paisaje y asentamiento, origen y designio, lengua y religión, raza e historia, encuentros feroces y violaciones, convenimientos y pactos económicos y políticos. Pero no es frecuente que converjan todos esos elementos en un promedio tan elevado y tan dramático como en los países de América Latina.

Como una primera hipótesis de trabajo, es factible formular que *no existe una América Latina*, sino que, debido a las especificidades territoriales, culturales e históricas, hay en ella por lo menos varios estratos básicos: el ibérico-europeo, el indígena-autóctono, el afroamericano y el caribeño. Estos estratos rara vez se encontrarán en estado de pureza elemental, pues se han venido interpenetrando debido a los intercambios y migraciones propios de la dinámica de los pueblos, tomando elementos de uno y del otro. Hay una cierta homogeneidad en los hechos y manifestaciones espirituales de cada uno de esos estratos, lo que permite vislumbrar que la red de relaciones que existe entre ellos podría permitir una integración cultural.

El crítico Fermín Fèvre, asistente al I Encuentro Internacional sobre Teoría de las Artes Visuales, realizado en Caracas, en febrero de 1992, presentó una ponencia donde pone en cuestión la posibilidad de una totalidad latinoamericana, y, más aún, la de una integración latinoamericana. La tesis de Fèvre, aunque muy interesante, no toma en cuenta la transformación semántica del concepto de totalidad, influida por las circunstancias culturales, económicas y políticas de la era actual. El plantea que:

América Latina es un mosaico de diversidad. Por simplificación, por pereza intelectual, por la necesidad de caer en esquematismos, se habla de la latinoamericano como una entidad definible. Sin embargo, la diversidad constitutiva de América Latina con mestizajes muy diversos en su

conformación, indica la necesidad de efectuar matices y distinciones en muchos casos tan sustanciales que ponen de relieve diferencias notables.

A pesar de esa posición, el ponente continúa reflexionando más adelante diciendo: *Es verdad también que hay situaciones comunes que interfieren en el plano de lo propio y específico y que permiten establecer vínculos y similitudes.*⁵

La implicación semántica que podríamos deducir de la reflexión sobre el asunto es la siguiente: si bien el empeño de globalizar las culturas tiene, en el fondo, la intención de crear una estructura de subordinación de los mercados en beneficio de las metrópolis y los países industrializados, no es cierto que la creación de un concepto de *lo latinoamericano* pueda clasificarse dentro de este manifiesto de intenciones, ni que elementos de una identidad forjada durante centenares de años puedan ser deformados por especulaciones intelectuales o por efecto de injerencias comunicacionales.

En este caso, *lo latinoamericano* pasa a ser una categoría supranacional que existe a pesar del doble movimiento de presión que se ha producido en el acontecer histórico: por un lado, la necesidad de asumir una *iconografía* cultural universal que le permita a los habitantes pertenecer al ámbito de la cultura del mundo y cumplir las exigencias múltiples que plantea la modernidad (y la postmodernidad) a los países "en desarrollo", proponiéndoles un modelo básico a seguir, que muchas veces rompe con los esquemas naturales sobre los cuales construye su propio desenvolvimiento. Y por la otra, la necesidad de desarrollar una visión propia desde la cual ha de asumir esa *iconografía*.

En estos términos, América Latina podría ser considerada como un todo territorial integrado por diferentes formaciones nacionales que, no obstante, conforman una

unidad. Esta parte del trabajo deriva hacia el análisis de las nociones del territorio y de la historia, con miras a establecer un sustrato para ir desplegando los conceptos que conforman el cuerpo general donde los objetivos actúan, se cumplen e interactúan. De lo que se trata, naturalmente, es de identificar algunas características específicas, algunos elementos propicios para una interpretación, alguna coincidencia epocal que vaya más allá del ritmo azariento, y que sirva para establecer la idea de América Latina, aunque sea provista de los velos que aún turban su eximia desnudez: la cruda corporeidad de lo que es el ser latinoamericano.

La noción de territorio

La cuestión del territorio ha sido tratada, entre otros pensadores, y para señalar la antigüedad del tema, por Platón y Aristóteles. Ambos insistieron en el determinismo del territorio en el carácter de sus ocupantes. En la Física aristotélica, hay un resumen muy general que da el siguiente resultado:

- (1) El territorio no es simplemente un algo, sino que ejerce cierta influencia sobre sus ocupantes.
- (2) El territorio no es indeterminado, pues si lo fuera sería indiferente para un ocupante estar o no en un territorio determinado.
- (3) El territorio no es el ocupante ni ninguno de los cuerpos que se encuentran en él. Por lo tanto, es separable.

- (4) El territorio se define como un modo de estar-en.

Hay que añadir que esta concepción del territorio lo comprende como inmerso dentro de la tesis de interpenetrabilidad de los cuerpos, tal como después lo plantearían Hartmann y Husserl. Interpretaciones modernas de la concepción de territorialidad en sentido aristotélico son las de Bergson y Victor Goldshmidt, donde se determina de manera natural el territorio, en oposición al "espacio vacío", como una propiedad de los cuerpos que lo ocupan. Pero, dentro de la metafísica de Bergson, interpretada por Blanchot, el "espacio vacío" es la condensación extrema de la idea del territorio, expresada por obliteración del signo.⁶

En términos modernos, un territorio no es sólo un lugar específicamente ubicado, sino que es también estructura ontológica compuesta por una reunión de ontologías regionales correspondientes, si seguimos la terminología fenomenológica de Husserl. Las relaciones internas que surjan en este territorio no pueden ser analizadas, entonces, como una simple yuxtaposición, sino como conexión de elementos que se penetran dialécticamente. De esta manera, el territorio no sólo está estructurado en estratos determinados por categorías geográficas o paisajísticas específicas, sino que también sus ocupantes concretos tienen participación en la elaboración del concepto final de territorialidad.

La relación entre territorio y ocupantes se da mediante el concepto de inherencia: todo ocupante es inherente a su territorio, pues ocupa un sitio temporal en el mundo real. Sus vínculos no se quedan en el parentesco territorial, sino que se organizan con todo el universo. Las manifestaciones culturales-artísticas de los ocupantes son las que

conforman la densidad espiritual del territorio. Son la representación del ser y fundan los nexos intencionales entre ocupantes y contexto.

Se podría concluir, entonces, que territorio es lo que designa una estructura fundamental de la experiencia y también de lo experimentado: es más que la suma de un espacio individual o colectivo situado entre determinadas coordenadas de diferente naturaleza; es más que lo colectivo, y aún más que la suma de los colectivos: es un sistema de relaciones históricas y gnoseológicas establecido alrededor de una referencia.

Esto es aplicable para explicar la primera prueba de existencia de un lugar llamado América Latina. En principio, hay un sitio específico: un paisaje. Que este paisaje sea diversificado, no significa que no sea el espacio de ocupación de un conglomerado de hombres que están en él. La geografía es un obstáculo para la unión, pero no es un obstáculo insalvable. Más importante es la internalización que el hombre realiza de su territorio: el grado de dependencia o identificación que asume con él. Parafraseando a Landgrebe: Que el hombre está "en el territorio", lo ocupa, significa dos cosas: el ser-en quiere decir, por una parte, vivir en su tiempo y en su comunidad y, por lo mismo, tener un horizonte bien delimitado (una identidad), verse a sí mismo como resultado de complejos procesos de experiencias históricas, tradicionales y subjetivas, con un determinado nombre y un papel determinado. Y, por otra parte, ser-en significa ser el centro de ejecutorias intencionales, y comprenderse a sí mismo como lo que sigue transformando el mundo dado de antemano. Esta transformación es permanente y parte tanto de la invención y creación como de las adquisiciones que se realiza en contacto con otras estratos y sus contextos. ⁷

En esas condiciones, se puede afirmar que América Latina es un territorio:

- * que posee un lugar geográfico y un conglomerado de hombres que lo ocupan,
- * que estos hombres no conforman un estrato único, sino una serie de estratos, provisto cada uno de ontologías regionales que se interpenetran
- * y que, en conjunto, posee propia potencialidad como entidad global.

Pero también,

América es el territorio donde, en la mejor tradición fenomenológica de la "poética del espacio", se han fundado pueblos y se han soñado utopías y liberaciones individuales y colectivas desde el vacío de una naturaleza inédita y no bautizada, pero donde el desajuste del hombre americano con el ámbito que lo circunda se manifiesta en la búsqueda de centros ordenadores con el objeto de establecer una identidad.⁸

Por lo demás, es conveniente señalar que la relación del hombre latinoamericano con su territorio es siempre una relación dramática, en el sentido que le da Trías a la palabra.⁹El drama está muy vinculado a las nociones del viaje, de la errancia y la aventura. Pero desde cualquier punto del camino, siempre es factible vislumbrar la posibilidad de un retorno al paraíso, aunque tanto el retorno como el paraíso sean ficciones del mismo tono. Desde el drama es posible fabular los hogares a los que el hombre tiene derecho: esos núcleos donde la expectativa del deseo puede alcanzar su máxima satisfacción. Desde el drama, el territorio alcanza una categoría de horizonte histórico y, a veces, ontológico. Contiene la carga de añoranza y nostalgia. La melancolía de lo perdido por el filo de la espada y por el fuego y que ya no regresará. Así, pues, es en este territorio intensamente dramático donde el hombre latinoamericano ejecuta sus proezas y sus maldades, quizá en busca del destino que rompa todos sus vínculos con el *omphalos*

primordial: el paraíso. Esa especulación puede alcanzar los niveles de la intriga: ¿quiere el hombre latinoamericano en verdad destruir las fuentes de sus orígenes? ¿es ése un impulso suicida, o, por el contrario, es el deseo de construir un cosmos propio sin que medien los códigos del antiguo? Sorprendentemente, la historia abre más de una vez esas interrogantes, y el espacio habitado por el hombre, vertiginoso, absorbe los ecos de los hechos para transformarlos en la acumulación de las memorias, y vuelta otra vez al ciclo de las melancolías y las secretas añoranzas y el vacío.

La formación histórica

...en nuestro mundo, no basta con conocer a fondo la historia patria para cobrar una verdadera y auténtica conciencia latinoamericana. Nuestros destinos están ligados ante los mismos enemigos internos y externos, ante iguales contingencias. Víctimas podemos ser del mismo adversario. De ahí que la historia de nuestra América haya de ser estudiada como una gran unidad, como la de un conjunto de células inseparables unas de otras, para acabar de entender realmente *lo que somos, y qué papel es el que habremos de desempeñar en la realidad que nos circunda y da un sentido a nuestros destinos.*

Alejo Carpentier

La posibilidad de ver y analizar las estructuras de la existencia histórica de una comunidad humana, no permite que se asuma como esencial ningún proceso dialéctico del individuo, ya se trate del despliegue del espíritu absoluto hegeliano, o de su reversión marxista: el proceso de las relaciones materiales y de las condiciones de producción. En uno y otro caso, se requiere de la acción colectiva de los hombres. Porque la historia necesita de la concurrencia de actos humanos sobre una situación que es transformada por efecto de esos actos.

Conforme a esto, sería necesario verificar los criterios aplicables a la delimitación de las culturas, con el objeto de determinar cuántas y cuáles formaciones culturales se han producido en el transcurso de una historia, por ejemplo la de América

Latina, para responder las preguntas relacionadas con el origen y la naturaleza de los hombres inmersos en el proceso que se desea estudiar.

El significado de ese proceso hay que verlo liberado del marco de teorías de confrontación científica del hombre con sus hechos y sus productos, y referirlo más bien al análisis de la existencia humana. La historicidad es una estructura fundamental de la posibilidad de ser en un territorio del mundo que es asignado en parte por el azar, en parte por elección, y que no es sólo un espacio y una suma de datos objetivos existentes de manera casual, sino aquello donde el hombre, como ser social, se encuentra situado.

Según esta posibilidad planteada, cuando el hombre se encuentra en un territorio que es el suyo, lo está desde siempre: inmerso en una cadena de acontecimientos que lo precedieron, que contribuyeron a la formación y transformación de lo que lo rodea, que lo determinan a él y que determinarán a su descendencia. El hombre se encuentra desde siempre en ése su territorio (¿en su patria?) pero de tal modo que encontrarse está iluminado, aunque sea inconscientemente, por una necesidad de comprender por qué está en el seno de esa sociedad y no de otra, y cuáles son sus posibilidades de actuar en ella. Esa es la noción del origen: la gran pregunta por la oscura gestación que nos precede.

Lo primero que se entiende es que todo hombre está enriquecido, limitado y nutrido por una tradición. De la forma en que el hombre la comprenda depende lo que es, y también la posibilidad de proyectar su existencia en busca de una identidad. La identidad no es un conjunto de potencialidades supratemporales existentes en sí mismas, sino aquellas condiciones por las cuales un hombre es posible y puede actuar dentro de su historia.

Todo este preámbulo tiene como idea introducir una serie de consideraciones sobre la historicidad de América Latina, con el fin de determinar las características básicas de su formación. En ese sentido ¿sería muy arriesgado decir que la característica idiosincrásica de este territorio es su desintegración? ¿Que esa desintegración parte del modelo de implantación colonial, sigue por el proceso de formación de las nacionalidades, se concreta en la realización de los procesos político-económicos de la post-independencia y llega al estilo de dependencia desarrollada en el siglo XX? Son, entonces, quinientos años de desajustes continuos que por fuerza deben reflejarse en una realidad estallada y muy compleja, cuya integración hoy se plantea como una necesidad casi vital.

El pensamiento de la integración latinoamericana es, en su forma más coherente, relativamente nuevo, si una tradición de poco más de un siglo puede considerarse nueva. Durante mucho tiempo, el esfuerzo de las naciones estuvo dirigido a poner énfasis en lo que las diferenciaba entre sí: en lo que les otorgaba ethicidad y personalidad colectiva. Era como si, a causa de su misma novedad, se sintieran amenazadas en su proceso formativo por fuerzas superiores que anularían su independencia y las llevarían a reintegrarse en el seno de una historia y una cultura tan comunes como su territorio.¹⁰

El descubrimiento¹¹ de América fue una circunstancia muy afortunada tanto para España como para Portugal. Estas naciones habían entrado tardíamente, y en condiciones desfavorables, a competir en el esquema económico europeo de la época. En ambos casos, para soslayar los inconvenientes de esa incorporación conflictiva, se había recurrido al modelo de centralismo del Estado Monárquico, para orientar y favorecer el proceso de competencia mercantil.

La Reconquista española, en especial, había permitido la consolidación del modelo centralista, que coexistía con características regionales marcadamente feudales, y un régimen de pisatarios-soldados que era muy particular. En efecto: si bien es cierto que la estructura básica de la lucha contra los árabes se construyó por medio de Ordenes Caballerescas y Religiosas, como las de Calatrava, las de Santiago y la de Alcántara, y que estas Ordenes, prevalidas de su poderío político-militar, se apropiaron de extensos territorios, la maniobra de Fernando de Aragón, al hacerse nombrar Gran Maestre de todas las Ordenes, condicionó la situación para implantar un centralismo monárquico absoluto.

Por otra parte, al establecerse como objetivo militar la ocupación efectiva de las tierras rescatadas de los árabes, se creó una milicia de soldados-agricultores que, a la vez que se quedaban defendiendo el territorio reconquistado, permanecían en la tierra y la trabajaban. Esta situación creó una nueva clase de hombres libres, no sometidos al señor feudal, que no sólo debilitó los estamentos señoriales que podían afectar el poder monárquico, sino que contribuyó a la formación de una nueva forma de concepción política, aún no definida en ese momento.

A partir de la conquista de Toledo (1085), las poblaciones españolas tendieron a seguir expandiéndose hacia el sur, siguiendo la dinámica de la Reconquista, en tanto que la masa de milicia rural ya establecida propendía a instalarse definitivamente en los territorios ya ocupados. De esta manera, se fue creando un sistema híbrido de relación social y política, cuyas consecuencias se van a ver, indiscutiblemente, en los movimientos que conmovieron el Reino Español en los siglos XVIII y XIX.

En los siglos XV-XVI, el fin de la guerra de Reconquista había ocasionado otros problemas: la agricultura de los territorios dejados por los árabes a causa de la

persecución religiosa, y que no fueron reocupados por españoles, estaba en crisis: no había suficiente producción de elementos básicos, y mucho menos de materias primas para ingresar a una posible competencia industrial y comercial con los Estados mercantilistas del resto del mundo. Por lo demás, un elevado número de hombres, ex-soldados, estaba sin empleo y ni el Estado, ni los particulares, estaban en capacidad de desarrollar una economía que se los suministrara en forma inmediata: la aparición de vagabundos, bandidos y pícaros de caminos fue una manifestación de esa situación descompuesta socialmente.

La Conquista y Colonización de los nuevos territorios generó entonces una salida importante: había expectativa de explotación de especias, riquezas minerales, tierras de cultivo y materias comercializables en gran escala, y la intención primaria fue organizar el proceso de tal manera que fuera llevado a cabo por empresas, que funcionaran como las Ordenes bélicas de la Reconquista. La diferencia esencial estuvo en que la lejanía de los nuevos territorios y las condiciones de peligro e inseguridad que aparentaban las acciones que iban a realizarse en ellos, hicieron que las iniciativas fueran tomadas por audaces individuos, de recursos relativamente modestos, que organizaron expediciones autorizadas por la Corona española, que veía así aliviar la presión social y económica de la existencia de millares de hombres belicosos y sin oficio. Por otra parte, la Corona, sin comprometer sus recursos básicos en inversiones riesgosas, se prometía sustanciales beneficios.

La verdadera y única razón que movía a esos individuos, empresarios de la Conquista, era el interés económico privado que, en la mayoría de los casos, se expresó en franco pillaje. La Corona Española decidió que la mejor forma de obtener alguna ganancia era cederles el usufructo de su trabajo, en tanto pagaran las rentas debidas al Estado, e incorporaran nuevas tierras al Reino y nuevas almas al cristianismo.

La primera fase de la acción colonial fue la dominación de las poblaciones aborígenes, con el objetivo de asegurar la ocupación del territorio. Y esa dominación tendió a la explotación y destrucción de los indígenas, tanto por medio de la confrontación guerrera como por medio de la superexplotación de la mano de obra, que fue después legalizada plenamente por el régimen de encomiendas y la esclavitud. No se podía esperar otra cosa. En palabras de Vasconcelos: *En el primer estado sólo manda la materia: los pueblos, al encontrarse, combaten o se juntan sin más ley que la violencia y el poderío relativo. Se exterminan unas veces o celebran acuerdos atendiendo a la conveniencia o a la necesidad. Así viven la horda y la tribu de todas las razas. En semejante situación la mezcla de sangres se ha impuesto también por la fuerza material, único elemento de cohesión de un grupo.*¹²

Una segunda fase sería la de catequesis y dominación ideológica y religiosa. En ambos casos, y como el objetivo era radicalmente el saqueo de las riquezas, la depredación de los recursos de las tierras descubiertas, y la implantación del poder político y religioso español, la cuestión de la cultura no tuvo mayor importancia, por lo menos hasta finales del siglo XVIII, cuando, por efectos de la Ilustración, se comenzó a tomar en cuenta la posibilidad de establecer una política cultural efectiva en las colonias, que las integrara y cohesionara en el conjunto del Imperio Español.

Pero durante casi dos siglos los indígenas tuvieron, de alguna manera, la oportunidad de conservar algunas tradiciones, mitos y leyendas, lenguas, costumbres y utensilios de la cotidianidad, a pesar de que tenían planteada como obligación la asunción de una otredad que les era impuesta con procedimientos de variada violencia: desde el maltrato físico, la represión corporal o el mestizaje étnico forzado o aceptado, hasta la abrupta intervención ideológica y religiosa de las catequesis y organizaciones sociales

creadas en torno a una presunta protección, que, sin embargo, era aplicada en forma aritmética, asistemática e irregular. Esa irregularidad y la diversidad de los procedimientos condujo a una situación en la que ni hubo destrucción total del sustrato cultural autóctono, ni hubo imposición total del modelo europeo español, sino que se produjo un mestizaje. En él, por supuesto, la parte europea tampoco se conservó intacta, pues sufrió la influencia del sustrato aborígen en gran medida. A menudo se habla de encuentro de culturas. Y si bien es cierta la expresión, ese encuentro fue más bien un choque brutal, fantásticamente rudo, que dejó sobre el territorio americano dos culturas resquebrajadas y astilladas que tuvieron el vigor y la voluntad de sobrevivir de otra manera:¹³ la cultura europea y la cultura autóctona de cada pueblo indígena.

Casi el mismo patrón de conducta de los españoles fue seguido por Portugal: con la diferencia de que el Estado asumió los riesgos de la conquista en territorios que no eran apreciados. La inexistencia de tesoros fáciles en Brasil redujo el interés por su ocupación: la población indígena mantuvo su independencia cultural casi absoluta, y, cuando comenzó el sistema de explotación agrícola y comercial, se hizo sobre la base de la importación de mano de obra esclava africana, cuya inserción étnica y cultural ha dado particularísimas características a esa nación.

Así, las primeras condiciones históricas comunes a los países latinoamericanos son: el encuentro violento y la sucesividad de dependencias del conjunto con respecto de una metrópoli, llámese ésta monarquía española, portuguesa, inglesa, francesa u holandesa, o, posteriormente, imperios político-económicos ingleses o norteamericanos, que han impuesto sus usos y han modificado sustancialmente la cultura.

Durante el período que abarcan los siglos XVI, XVII y XVIII, el Estado español ejerció un estricto control comercial sobre sus colonias, que fue reforzado debido a las incursiones cada vez más osadas de países como Holanda, Inglaterra y Francia, que codiciaban las riquezas que provenían de América para ampliar sus esquemas económicos. No son ni románticas, ni legendarias las invasiones y pillajes de corsarios y piratas auspiciados por esos gobiernos enemigos de España, ni dejaron de tener consecuencias en la formación del corpus cultural de las zonas costeras e islas del Caribe, que eran sus bases naturales.¹⁴

El contrabando, actividad que creció a partir del siglo XVII -provocado en parte por el estricto control español sobre los productos coloniales y las desfavorables condiciones que imponían a los productores y en parte como consecuencia de las intervenciones mercantiles de los otros países europeos- puso en contacto a todos los ocupantes de la cuenca del Caribe y aun del Golfo de México, generalmente descendientes de europeos y/o mestizos, que aspiraban a comercializar sus productos con un mayor margen de ganancias, y sirvió de vehículo de integración cultural. Por ejemplo, fue por la vía del contrabando que entraron a los países las ideas de la Enciclopedia y la Ilustración, que estimularon los movimientos preindependentistas: ese flujo de informaciones, de costumbres intercambiadas y tradiciones, generó un acrisolamiento cultural muy particular, que no tenía una correspondencia política, y que no era tan siquiera legal, pero que enriqueció significativamente la visión prenatal de los habitantes coloniales.

Por otra parte, las formas de colonización que usaron las metrópolis produjeron desarrollos semejantes en todas las zonas ocupadas. Las diferencias regionales se condicionaron a la forma de explotación, a la producción económica y a estructuras socio-culturales precisables, que provenían de las tradiciones metropolitanas (españolas y

portuguesas, en el caso de América Latina), que incluían la penetración de elementos de otras culturas, como la francesa, e, incluso, la inglesa. Así, hasta mediados del siglo XIX existía una virtual unidad en América, propiciada por la estructura del régimen colonial.

La primera mitad del siglo XIX se caracterizó por el inicio de los procesos de formación de los estados nacionales. En las colonias españolas, los movimientos independentistas irradiaron desde cuatro polos: México, Bogotá, Buenos Aires y Caracas. Pero tanto sus raíces y fuerzas nutrientes como su desarrollo fueron diferentes. Las dos primeras eran cabezas de virreinos: regiones que habían obtenido un rápido avance social, económico y cultural. Este avance era, de alguna manera, reflejo del debilitamiento del poderío naval español y de la penetración de los intereses de las otras naciones, con las cuales competían, pero también era producto de la base cultural autóctona sobre la cual se había edificado la estructura colonial. Buenos Aires, por su parte, estaba a medio camino en la necesidad de afianzar un poderío económico existente, pero que no podía competir con las grandes capitales de los virreinos, y reafirmado por una consolidación cultural basada en el mínimo nivel de mestizaje con los elementos autóctonos. Y Caracas era una ciudad levantisca, centro político de un territorio relativamente pobre, pero donde los productores agrícolas del cacao estaban enfrentados a la Corona a causa de las actitudes monopólicas de las autoridades. Allí fermentaba el descontento sin cortapisas por el estado de marginamiento político-social y de abuso económico y, bajo la influencia de la ideología de la Ilustración, ingresada como ya se dijo por la vía del contrabando, estaba surgiendo un movimiento que arrastraría a todas las colonias posteriormente.

En todos los casos, la independencia permitió la ascensión de diversos componentes del todo social, que iban desde una oligarquía conformada por nuevos propietarios de la tierra, enriquecidos por la fuerza de las armas, y muy de ellas tomar, hasta

una burguesía mercantil, de ideas liberales, progresista en el sentido europeizante del término, muy de signo positivista, pero prisionera de la ideología del laissez-faire. Las condiciones en las que se producen los movimientos independentistas van a determinar también el espíritu posterior de las formaciones nacionales. Los países donde la crueldad de la guerra evolucionó hacia formas de devastación, se fundamentaron en un poder basado en caudillismos elementales y casi telúricos, en tanto que aquellos donde la guerra fue menos cruenta, evolucionaron hacia formaciones nacionales de corte legalista, que no excluían, sin embargo, la figura del caudillo.

La estructuración de los estados nacionales se produjo de una manera harto accidentada. Las oligarquías nuevas y las tradicionales, que decían ser liberales y mercantilistas, en cierta manera estaban llenas de resentimiento por la diferenciación cultural que llevaban consigo, a pesar de su riqueza, y que consideraban un estigma. No estaban en condiciones de sustituir los poderes de la metrópoli. Por lo tanto, su línea de conducta fue, como ya se ha señalado antes, la de fortalecer la autonomía regional de cada nación con el fin de consolidar en territorios "manejables" su propio poder. No había entonces vínculos económicos, ni culturales entre las naciones que recién se iniciaban como tales, y el localismo era el modelo que tendía a prevalecer.

Los forjadores de las nacionalidades latinoamericanas no pudieron entender que una civilización no puede crearse por medio de Constituciones y Leyes, sino que deriva de una prolongada sucesión de hechos históricos. Al darse la hora de la emancipación política y económica de las monarquías colonialistas de Europa, renegó, tanto de los vínculos de Poder Político, como de las tradiciones y hasta de la sangre. Por lo demás, las fronteras se definieron por medio de tratados a menudo arbitrarios y las costumbres se organizaron por medio de leyes. No hubo respeto para los posibles parentescos culturales.

No hubo planes trascendentales para los territorios liberados, y los jefes militares triunfantes (salvo Bolívar y Petión), alentaron una actitud ultra regionalista *que en cada cordillera veía un muro y no una cúspide*. En cierto modo, tal actitud estaba influida por la idea renacentista de la nacionalidades absolutas, aunque las circunstancias de las post-guerras impedían, naturalmente, la autarquía y la autosuficiencia sobre la cual se basaba ese concepto.

El empeño, por ignorancia, por falta de perspectiva política, por ansias de poder, fue despedazar el poderío latino que se hubiera podido oponer al anglosajón. Intentos como la Gran Colombia, que defendió Simón Bolívar, fracasaron debido a las rivalidades políticas y regionales, favorecidas por el desplazamiento del poder hacia la clase de los terratenientes, que podían ser antiguos oligarcas o jefes militares triunfantes en las contiendas bélicas independentistas o post-independentistas.

Así se generó una especie de feudalismo ejercido por señores ignorantes y avasalladores, caracterizado por enfrentamientos internos a causa de la posesión de la tierra y la ambición de poder. Esta situación fue reforzada por la inexistencia de una autoridad central que unificara en verdad los esfuerzos políticos y económicos de las nuevas naciones, lo que provocaba una constante lucha por el control y una incapacidad para la unión que se reflejaba luego en debilidad del poder nacional, y, más aún, en la obliteración de una consciencia regional latinoamericana, que hubiera sido el producto natural de los desarrollos históricos y espirituales comunes.

Poco a poco, y debido a los intereses de la burguesía urbana y mercantil, que se ocupaba de buscar líneas de exportación con países poderosos, como Inglaterra, algunos terratenientes se fueron uniendo y organizaron un más efectivo control estatal. En las zonas

de economía minera, como México, Perú y Bolivia, el Estado era el gran controlador y ejercía vigorosamente su dominio. En las de economía agropecuaria, o errática, como Colombia, Argentina y Venezuela, la consolidación del poder estatal se relacionaba con las eventuales preponderancias económicas de comarcas interiores que, en un momento dado, eran productoras de determinada riqueza, lo que ocasionaba diferenciaciones significativas, aun entre las regiones de un mismo territorio nacional.

Por otra parte, las luchas independentistas se habían establecido y financiado con el apoyo de Inglaterra y Francia, que competían en ese momento por el control de las formas primigenias del capitalismo mercantil y, por supuesto, por el afianzamiento de mercados. Fue la influencia de los ingleses, primordialmente, la que facilitó las vías de colisión entre las colonias y sus metrópolis, con el objeto de favorecer los intereses económicos, desde entonces monopólicos, del Reino Inglés.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y hasta principios del siglo XX, la presencia inglesa fue determinante como elemento de desintegración política, social, económica y cultural, en América Latina.

Por otra parte, la misma influencia de la Revolución Industrial, que transformó la concepción del trabajo y la producción en forma radical, coaccionó traumáticamente la reciente formación regional de América Latina, que hubiera podido recomenzar a unificarse, y se acentuaron las contradicciones con el planteamiento de objetivos basados en modelos exteriores que parecían ser más efectivos, pero que chocaban con la estructura tradicional heredada de la colonia, y aún no relevada por un modelo propio.

La presencia inglesa se manifestaba en la organización del comercio importador y exportador: los países de América Latina eran un centro proveedor de materias

primas, y, a la vez, un mercado para los productos manufacturados europeos en general, distribuidos por casas comerciales inglesas y alemanas. La producción de los elementos esenciales para el desenvolvimiento de la vida era prácticamente nula y eso provocó la modificación de los hábitos de consumo por efecto de la influencia atrayente de los productos manufacturados importados y las aparentes facilidades que planteaba su adquisición. Eso condujo a la progresiva devastación de las actividades artesanales que hubieran podido generar una industria regional que satisficiera los requerimientos básicos de la población.

En muchos países, la presión que generaban los gastos de importación, debido a los precios de las mercancías, y el contraste con los escasos y fluctuantes ingresos que producían las exportaciones, a precios ínfimos, produjo desbalances en la balanza comercial, lo que ocasionó la contratación de deudas externas con agentes financieros que, en muchas oportunidades, eran los mismos involucrados en las casas importadoras. Luego, los gobiernos se enfrentaban a grandes dificultades para pagar esos empréstitos, lo que determinaba un descenso de la capacidad monetaria tanto en operaciones externas como internas de las naciones. Esto, a su vez, generaba el aumento de los precios de los productos importados de los cuales dependían y el desmejoramiento global de la economía. Y tal situación era el detonante de graves crisis sociales, de modo tal que, para enfrentarlas, los gobiernos se veían obligados a negociar sus productos exportables y sobre todo sus materias primas a precios aún más inferiores, con el objeto de conseguir ingresos más o menos rápidos que los ayudaran a solventar eventualmente las crisis. Así se fueron estableciendo los círculos viciosos de dependencia, endeudamiento, corrupción y asunción de modelos foráneos, sobre los que discurren aún hoy los acontecimientos políticos y económicos de América Latina.

De una manera general, los nuevos países latinoamericanos se vieron obstaculizados para abrirse vías en la comercialización desde el principio mismo de su vida independiente: se ha argumentado que la inestabilidad política fue un agente coadyuvante en esa dificultad inicial, pero, en realidad, fue también la dificultad económica para abrirse paso en los mercados externos uno de los factores que ocasionaron la incapacidad para establecer sistemas estables de gobierno político. Y, por si fuera poco, las relaciones de dependencia económica que se tuvieron sus contrapartidas sociales, políticas y culturales, cuyos efectos también persisten todavía.

Las naciones latinoamericanas, además, agregaron a su consciencia de ser únicas, individuales y distintas, la aguda rivalidad por controlar los escasos mercados exteriores que se les abrían. Exportando más o menos las mismas materias primas dentro de un esquema altamente competitivo e importando productos manufacturados desde Europa, no había entre ellas ningún vínculo mercantil fuerte. Aisladas por el esfuerzo de solucionar los conflictos económicos y políticos internos y de establecer un piso cultural, no era posible que buscaran los nexos vigentes con las naciones vecinas. Así se consolidó la fragmentación regional.

Por otra parte, mientras eso ocurría en esos contextos, en el cultural ocurrió, durante esa primera mitad del siglo XIX, un rechazo hacia los aportes españoles, en beneficio de la adopción de los modelos franceses y alemanes del quehacer artístico y las formas de pensamiento. El positivismo, sobre todo, que fue base ideológica para algunos proyectos multicontextuales de fines del siglo XIX, y que estuvo apuntalado por la efímera prosperidad económica de que algunos países disfrutaron en los años 80, se tradujo en una especie de "acción civilizadora" que, no obstante, no pudo conseguir sus objetivos porque las estructuras de dependencia exterior y de rígidas jerarquías socio-económicas interiores,

obstaculizaban cualquier verdadero intento civilizador. Y, sobre todo, porque la asunción de los modelos se hacía sin tomar en cuenta las diferencias naturales del ser latinoamericano.

A fines de los años 90, en el siglo XIX, a raíz de la finiquitación del poderío español y el fin de la Guerra de Secesión en Estados Unidos, se produjo, por parte de ese país, una agresiva política de control de los países situados al sur de sus fronteras, con la intención de afianzar su poderío político y de expandir sus mercados naturales. En 1895, el entonces Secretario de Estado Richard Olney declaró que los Estados Unidos eran *prácticamente soberanos en todo el continente y que su voz sería ley sobre los asuntos a los que restringiría su intervención*.¹⁵

La confrontación que a partir de esa fecha se estableció entre lo latinoamericano y lo anglosajón fue, indiscutiblemente, un elemento que indujo a los intelectuales de América Latina a considerar su cultura y sus sociedades de una manera diferente. Hasta entonces, la preocupación primordial había sido, como se ha dicho, el afianzamiento de una cultura nacional. Pero a partir de allí se comenzaron a notar los nexos comunes históricos y culturales de América Latina, así como las diferencias existentes entre las tradiciones mediterránea y anglosajona. En realidad, no es un simple azar que en 1888 apareciera Azul, de Rubén Darío, y comenzara la discusión entre regionalismo y universalismo. El movimiento modernista, fantásticamente adelantado a su tiempo, y a pesar de que en su momento se consideró fomentador de modelos foráneos en detrimento de los modelos americanos, fue el más importante acto ideológico que se realizó para promover la consciencia latinoamericana. En primer lugar, por su condición de "movimiento", que agrupó a los intelectuales, por acción o por reacción, en todo el continente latinoamericano, otorgándoles consciencia de su papel en la sociedad y en el mundo que les tocaba vivir. En

segundo lugar, porque propendía hacia una definición de la cultura latinoamericana y de las relaciones de sus productos artísticos con las condiciones que había propuesto la historia intelectual de la región. Y en tercer lugar, porque desde esta perspectiva cultural latinoamericana, se planteaba la posibilidad de tomar los elementos de la herencia y los aportes del resto del mundo en condiciones de igualdad.

En 1900 aparece Ariel, de José Enrique Rodó. Entre los planteamientos de ese ensayo se destaca la concepción del ideal latinoamericano como una idea supranacional que debía conducir a la unidad de las naciones separadas. En tanto que un solo país podía tener quizá poca tradición cultural, Latinoamérica, considerada como un todo, poseía un peso cultural impresionante. Es más, Rodó destacó la existencia de una unidad cultural continental, que es actualmente la base de la discusión integradora.¹⁶

En realidad, en todas partes de América Latina, ya se estaba gestando entre los intelectuales, incluso muy tempranamente, en gente como Sarmiento y Bello, la idea de una consciencia regional común, que surgió mejor definida como posibilidad a raíz de los planteamientos de José Martí, de Rodó, y complementada por la acción de un movimiento como el Modernismo. Resulta muy significativo que haya sido la forma de asumir la lengua, la base de discusión de este movimiento. Angel Rama dice: *Hay un cambio muy marcado en el siglo XIX: todo el problema de abandonar el español, las reformas ortográficas, toda la discusión que lleva hasta el brasileño Ruy Barbosa, que es qué se hace con la lengua, y cómo se maneja. Ahí está nada menos que Rufino Cuervo, están todos los grandes lingüistas. Es una inquietud que ocupa todo el siglo XIX y hasta principios del XX. Y allí está el otro problema: la inserción de las lenguas más populares, incluso de las lenguas indias, o de formas indias, dentro de la literatura. Allí hay otro gran debate sobre la*

lengua: la absorción del habla. La discusión del grupo de Buenos Aires: de Amado Alonso, de Pedro Henríquez Ureña, de Raimundo Lida, de Angel Rosenblat. ¹⁷

Más tarde, en México, José Vasconcelos, junto con el grupo del Ateneo de la Juventud, y, especialmente, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, participó de unos planteamientos contrarios al positivismo y proindigenistas, que se oponían a la base ideológica del Porfiriato. El movimiento del Ateneo comenzó imbuido en el espíritu universalista del Modernismo, y luego se fue perfilando claramente anti-imperialista, anti-estadounidense, sobre todo, marcado por la ideología de Martí, por los sucesos de Panamá, en 1910 y por la consciencia americanista que propiciaban los primeros centenarios de las revoluciones de independencia.

En 1925, Vasconcelos publicó La raza cósmica, con un tono marcadamente destinista. La reflexión de Vasconcelos, tratada con elementos de Comte y Darwin, parecía mucho menos alejada del positivismo de lo que él hubiera querido admitir. Lo cierto es que ella, potenciada ya por las resonancias de la Revolución Rusa, y luego por efectos de la Revolución Mexicana, además de los viajes de reconocimiento que el mismo Vasconcelos realizó por toda América, fueron elementos que influyeron notablemente en América Latina, y provocaron una actitud de re-evaluación y conservación del patrimonio cultural que había sido legado. Los realismos socialista y naturalista, y el regionalismo sirvieron de efectivas vías de comprensión y aprehensión del ser latinoamericano, sobre todo por los contenidos ideológicos que los sustentaban.

A partir de la década de los 20, 30, y a causa de las crisis del capitalismo internacional y el impulso hacia la modernización de los países latinoamericanos que habían estimulado los positivistas, se comenzaron a generar tímidas relaciones entre estos. El

primer vínculo fue de naturaleza económica: las dificultades de abastecimiento de productos tradicionalmente importados, que se fue agudizando progresivamente en el período que va de 1938 hasta 1948, dieron origen al establecimiento de un tímido comercio internacional latinoamericano. Asimismo, la discusión iniciada por el arielismo y el modernismo se generalizó entre los intelectuales que en ese momento eran, a la vez, los voceros políticos de sus países.

Si bien terminada la II Guerra Mundial, hubo fuertes presiones para regresar al esquema anterior, la experiencia había servido para que se creasen contactos. Sin embargo, los países triunfadores de la contienda, exigieron, a los latinoamericanos, apoyo en sus propias luchas internacionales: el bloque latinoamericano apoyó entonces casi en forma irrestricta, las proposiciones que Inglaterra y Estados Unidos, país que figuraba ya como nuevo dueño de los mercados de la postguerra, presentaron en las Naciones Unidas, durante bastante tiempo, aun cuando muchas veces las decisiones que se tomaban afectaban directa o indirectamente su vida socio-política y económica. En 1948, hubo un intento importante de presentar un frente de reivindicaciones propias: se creó la Comisión Económica para América Latina (**CEPAL**), que instaló su sede en Santiago de Chile. Ese solo hecho constituyó un importante avance hacia la vigorización del impulso de redefinición y reconocimiento de la región.

Tal actitud se extendió a partir de la segunda mitad de los años 50, cuando se inició una discusión sobre las semejanzas y diferencias de los estados nacionales latinoamericanos, y la posibilidad de consolidar una integración regional. La discusión estaba muy influida por la pugna contra el poderío anglosajón, sobre todo el que ejercía Estados Unidos. En los 60, la Revolución Cubana, como antes las Revoluciones Rusa y

Mexicana, aunque con una mayor consciencia y una mayor praxis de latinoamericanidad, propició el movimiento de reflexión en la identidad y la integración.

Posteriormente, y, sobre todo, desde la segunda mitad de la década de los años 70, se han establecido convenios, se han estado realizando reuniones, cuya finalidad tiende a proporcionar canales fluidos entre las naciones del territorio y sus ocupantes. Asimismo, se ha venido repensando acerca de la relación de dependencia económica, tecnológica y política con naciones metropolitanas desarrolladas. Estas, a su vez, se han ido constituyendo en poderosos grupos industriales y comerciales, que defienden sus intereses mercantiles y financieros como un bloque. En efecto, si ya los Estados Unidos constituían desde hace tiempo una estructura compacta de injerencia económica y política sobre los países menos desarrollados, la constitución de la Unión de Países Europeos, consolidada en Maastrich, en el año 91, abre una nueva estructura con similares características en cuanto a desarrollo tecnológico e industrial, aunque con diferente estilo de injerencia política. A su vez, los países industrializados del Pacífico se están uniendo para establecerse como bloque. La disputa de los mercados se realizará entre ellos desde esta fecha en adelante.

Frente a esos grupos compactos, aunque no tan homogéneos como quisieran sus clases dirigentes, la dispersión y el estallido de América Latina redundan en una mayor ganancia para ellos. Eso implica la existencia de grandes dificultades, no sólo para el crecimiento de las economías nacionales y regionales, sino para construir cualquier proceso integratorio en los países latinoamericanos. La desintegración está sostenida, en este caso, por elementos artificiales, creados por los intereses particulares de las metrópolis, pero que actúan efectivamente sobre cualquier propicia unidad que se plantee. Y, sin embargo, la posibilidad ideológica de la integración está vigente, y aún los gobiernos regionales luchan por conseguirla, en contra de las muchas barreras.

La búsqueda de integración en América Latina parte, pues, de una noción de estar roto. Forma desintegrada, América Latina aspira a estar íntegra como en sus orígenes: a constituirse en una unidad muy particular donde sea posible conservar las distinciones, pero sin apartarse de los objetivos comunes. El primer obstáculo que debe vencerse para conseguir esa integración es la condición de ajenidad que el hombre tiene con respecto a su estirpe y su territorio (geográfico, social, cultural): el problema de la ambigua Identidad.

IDENTIDAD E INTEGRACION

La América no ha de imitar servilmente, sino ser original. La lengua, los tribunales, los templos y las guitarras, engañan al viajero. Se habla, se plantea, se reza y se tañe a la española, pero no como en España.

Simón Rodríguez

El drama de la Identidad

Se ha comprendido con el tiempo la necesidad de establecer una unidad de objetivos en América Latina, aunque ésta se ha visto obstaculizada por la unidad de objetivos de los países que ostentan la dominación de los mercados. Se han buscado

fórmulas para soslayar o derrumbar las barreras políticas y administrativas, en busca de una mayor fluidez en las relaciones internacionales latinoamericanas, aunque hasta ahora los resultados no han sido los esperados. Pero no se ha puesto suficiente énfasis en la búsqueda de un reconocimiento entre los ocupantes del territorio que conduzca hacia la solución del drama de la identidad.

En principio, todo reconocimiento implica la noción de distancia y cercanía. Solamente el alejamiento del objetivo permite que éste se vea en todo su esplendor. El alejamiento permite asumir luego, en el posterior acercamiento, las cualidades integrales del todo como algo menos íntimo, pero más real. El peso del proceso de definir una identidad reside, precisamente, en la capacidad de identificación. En el develamiento de las preguntas: ¿quién soy? ¿quién eres? ¿quiénes son? ¿quiénes somos? Las personas inmersas dentro de esa situación se encuentran como miembros de una misma estirpe, y ocupantes de un mismo territorio. La identidad lleva implícito el nombre. Al producirse el reconocimiento y, por ende, la identificación, es posible sentirse partícipes de otros, verse personificados, reflejados en un espejo no deformante. Es posible sentir atracción y goce. Pero, a la vez, se genera un conflicto profundo, pues en el fondo, tal experiencia es increíble: es en el ensamblaje de esa lógica del reconocimiento: de la atracción y del rechazo, donde se cumple el proceso de la identidad.

En el caso de Latinoamérica el problema de la identidad es tan dramático porque no es posible descubrir la raíz de la estirpe. Los ocupantes del territorio ignoran todo sobre su origen real y su prosapia: lo que tienen lo han adquirido por imposición, o por adopción, y, por lo tanto, es postizo y artificial. La idea de identidad aparece ligada indisolublemente a la lucha contra las definiciones impuestas desde afuera por las presiones económicas, políticas y culturales de las metrópolis. El latinoamericano tiende a sentirse desinherente con respecto de su territorio. A sentirse extranjero, descentrado, inmerso en

un proceso que refuerza su otredad, y va errando en busca de los símbolos de su tribu y de un centro que sea, a la vez, el Paraíso Perdido. La misma lengua que habla es adquirida de otros, y frente a ella se adoptan dos posiciones: o se intenta poseerla por mestizaje, o se cultiva con exquisito cuidado al saberla ajena.

Otro factor: el de la búsqueda de la estirpe, no es sólo una condena que el ocupante lleva sobre sus espaldas y lo desajusta existencialmente, sino que determina estados de enmascaramiento: el hombre que cree tener un nombre, pero que sabe que éste puede ser supuesto o falsificado, se disfraza. Develar la estirpe parece ser el necesario desenlace después de todas las metamorfosis. Y, no obstante eso, la cultura latinoamericana ha cifrado su consciencia y madurez en su afición por retardar al máximo ese develamiento, en dejar abierta siempre la brecha de las metamorfosis, en parte para no reconocer la bastardía original. Porque la vía primera a tomar sería la aceptación absoluta de lo que es un hombre latinoamericano como producto de su historia y su paisaje, y la instalación universal con métodos nuevos de esa esencialidad aceptada.

El descubrimiento, la conquista y la colonización, como hechos histórico-cronológicos no reportan ningún efecto a la hora de un descubrimiento de la identidad. Sólo en la medida en que se va tomando consciencia de su significado, de sus consecuencias, se van convirtiendo en elementos de reconocimiento. Es decir, la necesidad de encontrar lo que identifica apareció, no del extrañamiento sino de la entrañable familiaridad. Si un drama se define como el proceso a través del cual se descubre una identidad, según Eugenio Trías, estamos precisamente en el centro de la acción dramática. La presencia del tiempo requiere una vez más, invita a descubrir el pasado, el presente y el futuro. Es el tiempo-reloj-de-arena y es también el hilo conductor hacia la estirpe: a él se le piden las respuestas, las credenciales y los signos de la legitimidad. Pero el drama es siempre algo inconcluso,

inacabado, y parece que sólo la tragedia conduce a la solución de los conflictos, por la vía de la catarsis.

¿Sería posible creer que la marca de esa oscura (in)identidad fue legada al hombre americano, y aceptarla como tal legado? Porque en el principio llegaron aquí hombres aguerridos y, a veces, desesperados, y había aquí otros hombres aguerridos, a veces llenos de pasiones. Los jóvenes fueron castrados. Las mujeres fueron violadas. Los niños fueron asesinados en el vientre de sus madres. Los guerreros, perseguidos con perros para diversión del conquistador. Los hombres más sabios, esclavizados. Al reino mágico, esperante y taciturno siguió el reino de la razón y la acción en todo su rigor. Todo cambió de ritos y de símbolos: la guerra, el amor, la muerte, los acontecimientos de los dioses. Aun más: los invasores trajeron consigo la semilla del descalabro: su orden social, cósmico, territorial y político, se había venido resquebrajando, aun antes del choque con la otra cultura. Eran aquellos tiempos en que se tenía la vaga sospecha de la inexistencia del mundo: no había ciudades divinas, ni límites, pues el Mar Tenebroso había perdido su cualidad de perfecta delimitación. No había ya abismos, sino esferas, círculos cerrados e inexorables. Los núcleos antropocéntricos de Pico della Mirandola y Marsilio Ficino habían perdido su posición central en la imaginación de los hombres. Los pintores habían entrado en el mundo de los ejes distintos de la perspectiva: el triángulo isósceles imaginario cuyo vértice determinaba toda percepción, desviaba los grados del centro. Los músicos estaban esquivando continuamente los ejes modulares de la escala diatónica. Los escritores miraban el mundo con cinismo e ironía. Y, después del resplandor dorado que derramó el amanecer de la nueva época, reproducido por los espejos más transparentes adonde se asomaban las imágenes de los clásicos greco-latinos, comenzaban a corromperse los sueños de Moro, Campanella y Bacon. En el tránsito de apenas dos siglos, las Insulas Felices comenzaron a parecerse cada vez más a Insulas Baratarias. El universo comenzaba a fragmentarse y una

generación de desolada lucidez salía desde la más profunda tiniebla. Porque la lucidez es la autoconsciencia de la fatalidad y la irreversibilidad. La lucidez es el signo más evidente de la decadencia: si el hombre deja de soñar y de abstraer y se convierte en un ser pragmático, que da soluciones modeladas a los problemas de la vida, se convierte en el autómatas que resuelve los juegos, sin imaginar los encuentros que se esconden tras las apariencias.

En el nuevo territorio era factible, se creyó, desde las formas radicales del descontento, pensar en Utopías. De hecho, los proyectos utópicos se intentaron en América: el de Vasco de Quiroga, en México; las implantaciones de los jesuitas en Paraguay; la Icaria de Étienne Cabet, en América del Norte, y las instalaciones de poblaciones inglesas fuertemente religiosas, como los cuáqueros, dentro de un estilo de vida ideal, también en el territorio anglo-sajón. Pero, en líneas generales la concepción europea más desencantada (y decantada de resplandores) del mundo y el tiempo entró en contacto con una cosmovisión variada, llena de apariencias, abstracciones, ambigüedades y concreciones: era aquel otro un continente de círculos abiertos: un perpetuo movimiento de hombres que intercambiaban sus usos culturales, inacabados e imperfectos, en el ámbito de lo luminoso y sombrío, de lo terrible y lúbrico de un paisaje extraordinario, poblado aún de entidades mágicas que disfrutaban de una gran vitalidad.

Y he aquí un rasgo que se distingue como puente para establecer una posible identidad: el compartimiento del territorio -del paisaje- conformado como una unidad al margen de la historia: presencia exterior e interior de lo imaginario. Se puede invocar aquí el pensamiento de Huizinga cuando decía que una de las pérdidas culturales más desoladoras de Europa en el Renacimiento fue la pérdida de la noción del paisaje: la degradación del paisaje idílico, el extravío del Paraíso, pérdida y degradación de las cuales

aún no ha podido recuperarse, y que parece ser irremediable. El encuentro de este otro territorio, deslumbrador en su exterior magnificencia, y aterrador como un abismo, fue la primera impresión compartida. El mismo asombro, aún inatenuado en el indígena, sintió el europeo. Y también la misma insuficiencia del lenguaje para expresar el mundo. A partir de allí comienza el viaje dramático que debe conducir hacia la solución del enigma.

Hay un en toda la anterior reflexión un impulso por pasar de la imagen confusa a la nitidez: de transformar lo vivido en comprensión de lo que se vive y de lo que queda por vivir. El dramático esfuerzo trata de encontrar en la tradición perdida, en el paisaje perdido, una base de sustentación que permita comprender hasta en sus más recónditas posibilidades la esencia, el pensamiento, la sensación de ocupación y territorialidad del hombre latinoamericano. Este esfuerzo significa siempre un remontamiento de la corriente histórica: una vuelta al conflictivo origen. Es eso lo que se busca, porque, una vez halladas las fuentes, es posible descender por la misma corriente e instalarse en el decurso de la historia.

No obstante, las tradiciones, que empezaban a recomponerse, a constituirse como un todo distinto, pero coherente desde la segunda mitad del siglo XVIII y hasta la primera mitad del siglo XIX, fueron desechadas con la independencia: el vínculo con Europa, al quebrantarse políticamente, se rompió en tanto que tradición, sin asumir en ese instante una tradición distinta (que era imposible, por lo demás), sino intentando crear una trayectoria de pensamiento diferente que, no obstante, se alimentara de la fuerza cultural del conocimiento occidental.

Cualquier posibilidad de recuperación que conlleve al redescubrimiento de una identidad, entonces, se debería dividir en dos etapas: en primer lugar, habría que

reconquistar el puesto en el mundo de Occidente, y, en segundo lugar, sería preciso hacerlo desde el rescate de la tradición, pero sin perder de vista que la historia transcurre: fluye perpetuamente, y la cosmovisión latinoamericana, por fuerza, es una forma diferente de pensamiento, y que lo que inserte en su todo debe ser convertido a esa cosmovisión.

Lo más interesante de este sentido de la recuperación en función de develamiento de la identidad es que se trata de un movimiento rigurosamente anabásico, que comienza en el borde de las rupturas. El proyecto surge como una expectativa: la conquista de las condiciones de pensamiento que permitan al latinoamericano reconocerse en otros y en sí, es un hecho futuro. Mientras tanto, se permanece en el camino y no en su orilla, no deteniéndose en cada hito extraño, en cada encrucijada, sino andando resueltamente hacia la solución de los misterios y los acertijos de Esfinges Terrenas.

Identidad significa comprensión auténtica. Y esta comprensión se cimenta en la interpretación y dilucidación de los signos ontológicos de la parte de especie en que se vive. Para encontrar la identidad, es preciso que el latinoamericano busque con sus propios medios y dentro de sus propias necesidades, asumiendo que los rasgos elementales de su estirpe y su territorio están allí y le pertenecen: que él *es* por toda la confluencia de hechos históricos y geográficos, étnicos y éticos, y que *es* como cualquier otro ser humano en el planeta. La consciencia de esa identidad significa, más que otra cosa, un acto de fe.

El drama de la Integración

Por varias vertientes se ha venido desembocando en la necesidad de una integración que permita que América Latina se incorpore como una unidad a los procesos

históricos universales del mundo contemporáneo. Esta integración, además de responder a una praxis compleja que incluye los intereses económicos, los políticos y geopolíticos, los avances científicos y tecnológicos y la influencia de los medios masivos de comunicación, pasa por la expectativa de una noción de estar íntegro, y, por lo tanto, no puede realizarse sin superar intelectiva e intuitivamente, innumerables tensiones de naturaleza espiritual.

¿Por qué razón el hombre latinoamericano ha estado sintiendo esa necesidad de buscarse como unidad integrada con otros de su misma naturaleza? ¿No hay en esa actitud un trasfondo de inseguridad, de sentirse en situación de desigualdad y de fragilidad ante los otros componentes del mundo? Posiblemente se trate de una consciencia de ser real y consistente, pero aún no aceptado ni asumido como tal, lo que induce esa sensación de indefinición existencial y esencial que ha hecho un problema de solución indispensable la búsqueda de la identidad.

La aceptación del ser latinoamericano parece una base adecuada de sustentación para discutir el problema de la integración. Ello implica, en primer lugar, el abandono de los viejos esquemas de interpretación y justificación, basados en lo racial, en lo geográfico o en lo histórico. No se trata, por supuesto, de obliterar el proceso de develamiento de la identidad por medio de lo originario, sino de usar ese enfoque de manera tal que sirva como vía de incorporación a la corriente del acontecer histórico.

Al atender a la actitud espiritual que ubica al ocupante latinoamericano en su territorio, a la vez que lo enfrenta a lo extraño, se puede ver que la integración americana se destaca encarnada en actitudes tan íntimas y definitivas que son capaces de engendrar una realidad cultural común. La integración se forja en torno a lo originario: la evolución de la estirpe latinoamericana se crea en función de cruces interiores, espirituales, que van

más allá de esquemas genéticos, de circunstancias históricas, de intereses políticos: es una forma de aprehender la integridad por medio de cierto género de multiplicidad del ser.

Por otra parte, el proyecto de integración latinoamericana se ha venido postulando como una búsqueda de eso que caracteriza el ser latinoamericano, y que no podríamos llamar autoctonía en el sentido más profundo de la palabra, pero que es lo que da distinción y otredad a lo latinoamericano frente a lo angloamericano o lo europeo, por ejemplo. Es lo que se podría llamar lo original.

La única posibilidad viable que sirve para unificar los elementos originarios y originales es, precisamente, la asunción plena de la identidad latinoamericana, como ya se ha dicho, como un auto reconocimiento frente a otros. Al radicalizar una posición centrista del ser y estar-en América Latina, se alcanza, a la vez, una aceptación del territorio y la estirpe tal cual son, y una forma singular de vivir el tiempo histórico dentro de lo universal.

América Latina expone (y opone) al resto del mundo un vigor expresivo que deriva de sus propias contradicciones, lo que no implica ninguna negación del valor pasado, presente o futuro de lo universal y sus relaciones con la otredad asumida. Ahora bien, esa forma de ser, reconocida o intuida, existe: es un hecho: América Latina *es*, íntegramente. Es un Nuevo Mundo, más allá de la expresión metafórica. Un mundo constituido por especialísimas circunstancias, que va más allá de lo paisajístico y que estriba en su originaridad: en su identidad como tal. Un mundo que se ha estructurado en el directorio raíz de la consciencia del hombre americano: en su sistema operativo vigente, y en el cual se realizan todas las funciones del pensamiento, la acumulación, la producción y la recreación.

La originalidad se constituye con los sedimentos del patrimonio recibido, el permanente esfuerzo de crear y concebir cada quehacer con lo propio y lo que se adquiere, y las relaciones de ese patrimonio con la cultura universal. En tanto que la originaridad es lo que se refiere a la identidad como problema ontológico y como manifestación espiritual. Establecer un vínculo entre ambas categorías es comprender el ser latinoamericano y sus perspectivas. Citando a Mayz Vallenilla: *Señalar la existencia de una experiencia ontológica originaria significa tan sólo esclarecer la presencia del Hombre Americano en la Historia Universal a través de su encuentro con el Ser.*¹⁸ Parece inevitable, entonces, revelar cuáles son los signos de esa consciencia: cuáles son las cifras ontológicas que están forjando el destino latinoamericano

Se pueden distinguir por lo menos tres enfoques concretos en la asunción del problema de la integración latinoamericana:

Uno sería la posibilidad de afirmar lo puramente autóctono y regional, acentuando las diferencias frente al mundo exterior. Esto significaría, de hecho, retomar los mitos de origen, pero no necesariamente como un arcaísmo premoderno, sino como una posición de rescate de valores intangibles y primigenios que han intervenido cualitativamente en la conformación de la forma de pensar, de actuar y de reflexionar, es decir: en la vida y pasión, del hombre latinoamericana.

Sin embargo, implicaría además una postura de extremo autoctonismo, de nacionalismo llevado al extremo, del mismo signo de las posiciones que actualmente están ocasionando tan graves antagonismos en el mundo. Las tradiciones y las creencias, asumidas con absoluta pasión, podrían llevar el proceso hacia situaciones de alto estado de violencia. Podrían aparecer conflictos regionales, o podrían potenciarse los que ya existen. En fin, que

si se asume el rescate del origen como única política integradora, podría convertirse en elemento de desintegración.

Y, si, por el contrario, tal posición se usara para vigorizar los planteamientos supranacionales, basándose en la originalidad, entonces podría convertirse América Latina en un todo altamente diferenciado a causa de su idiosincrasia, ciertamente, pero podrían plantearse dificultades a la hora de efectuar los procesos de intercambio con otras culturas.

Otro enfoque sería el de la asunción total de la cultura universal, y la desaparición gradual de todo cuanto es propio latinoamericano. Este es el diseño de la postmodernidad: el compromiso de los líderes que proponen la cultura planetaria total. Y aunque no está explícitamente planteado en términos de mercado, colonialismo estético y económico y supresión de las rebeldías individuales en beneficio de una colectivización del pensamiento, sí lleva implícitos estos factores. La idea es que exista un modelo cultural central al cual puedan y deban acceder los pobladores del mundo, aun los que se han formado en la periferia de este modelo. Esta proposición, defendida por intelectuales de países desarrollados, aboga por la integración en términos de especie: todos somos humanos, y, por ende, debemos reunirnos en un todo coherente.

Y, sin embargo, tal planteamiento no se cumple en la praxis, ni aun en los países de más alto nivel de desarrollo tecnológico y cultural. Por el contrario, en ellos se aprehende y se conserva la esencia y las manifestaciones de la raíz tradicional y de la autoctonía, así como la territorialidad y su paisaje. Los violentos conflictos que en las postrimerías de este siglo han surgido en Europa, incluyendo aquellos que han generado un desequilibrio entre poderes políticos y militares, como el desmembramiento de la Unión

Soviética, han sido causados por los sentimientos nacionalistas y el deseo de rescatar las características idiosincrásicas: el ethos de cada etnia, por pequeña que ésta sea.

Estas especulaciones pudieran convertirse en realidad mediante el uso persuasivo de los medios de comunicación y las actitudes políticas y económicas, si no fuera porque el fuerte impulso hacia lo individual, generado por la misma ideología postmodernista, ha generado las contradicciones necesarias para frenar su avance. Sobre América Latina, como ya se ha visto, se han venido ejerciendo procesos acelerados de neocolonialismo de todo signo. Al romperse las barreras espaciales y temporales por la influencia de los medios masivos de comunicación, los efectos de esa influencia están actuando disgregadoramente sobre el ethos de estos pueblos. Como todo hombre del antes llamado Tercer Mundo, el latinoamericano se ha venido desvinculando progresivamente de su ámbito natural, en beneficio de la adopción de usos y costumbres que no sólo son extraños, sino que podrían resultar nocivos para su sanidad espiritual, para su ambiente, para su vida. Esto entraña la modificación de su consciencia de ser latinoamericano, adoptando patrones impuestos por la acción influyente y dirigida de la propaganda y la eficacia de la penetración de los medios. Todo eso tiende a devolverlo al estado de no pertenencia: a la desinherencia, que fue su condición postconquista. Porque, de incorporarse América Latina (o cualquier región de las llamadas subdesarrolladas) a la cultura universal, borrando sus marcas de identidad, lo haría a partir de una posición de humildad conceptual: como territorio receptor y no interventor en el proceso cultural y económico que se planteara.

Así pues, asumir, como se pretende, una actitud de despojamiento de lo raigal para incorporarse sin lastres culturales a la historia universal, dejaría a los latinoamericanos en absoluta desventaja: sólo recibirían, como colonias literales, los influjos de los centros de dominación. Esto significa que, al ser potenciadas, por efecto de

los avances técnicos y tecnológicos, las decisiones que emanan de los centros de poder político y económico, se están planteando dos alternativas: la primera es la asunción del modelo propuesto, y la segunda, que se ha vuelto indispensable para la sobrevivencia de los países en situación de subalternidad, es la creación de un sistema regional, cuya unidad responda adecuadamente a las situaciones históricas que se presentan.

Este sería el tercer enfoque: la universalización del proceso de interrelaciones culturales, asumido a través de una experiencia latinoamericana de la vida. Este último es el que parece más propicio para el logro de una integración que sea, a la vez, regional y universal. Se trata de asumir un compromiso con el complejo cultural intrínseco sobre el cual es factible la elaboración de modelos. En este sentido, los aportes de la cultura universal deben aceptarse instrumental y existencialmente, pero siempre dentro de un proceso de autodefiniciones y reflexiones que conlleven a la sobrevivencia de lo latinoamericano dentro del concierto de los otros complejos culturales vigentes en el mundo.

Una vez llegados a este punto, se asume como otra hipótesis de trabajo que es posible conseguir un cierto nivel de vinculación con los procesos históricos y culturales universales a través de estados espirituales y formas de vida que son propios. Pero antes, y eso queda entendido, hay que buscar cuáles son los elementos comunes latinoamericanos, y solventar las diferencias internas.

Es preciso entonces comenzar a pensar desde el interior del problema: ¿cómo se incorpora el hombre latinoamericano a la evolución histórica universal? En primer término, cabe aceptar que el ocupante del territorio ha estado adaptándose, familiarizándose e internalizando el paisaje por medio de una reiterada interpretación. Estar en América no

representa ya un suceso contingente, sino una importante e insoslayable realidad y una posibilidad básica que ha diseñado la existencia histórica.

En segundo término, lo latinoamericano se ha asentado en una presencia consciente de la historia como estructura formal del ser, que ha producido un conocimiento. Hay en todo lo planteado dos grandes categorías que agrupan los elementos: la originalidad (o autoctonía) y la originaridad (o identidad): esos podrían ser los pilares de una identificación que tienda hacia la consolidación de la consciencia latinoamericana.

En tercer término, es preciso reconocer que toda posibilidad práctica de integración (económica o cultural) siempre se va a ver obstaculizada por los elementos históricos que han sido casi permanentes desde el proceso de formaciones nacionales latinoamericanas: la dependencia de las metrópolis y la influencia -subliminal o directa- que éstas ejercen para afianzarla y hacerla útil a sus intereses, por una parte, y la heterogeneidad estructural de los países latinoamericanos, que a veces deriva de la misma situación de dependencia y otras de circunstancias geográficas, políticas o históricas.

¿Qué se puede hacer, qué posición es preciso tomar frente a estas cuestiones? En primer lugar, es vital tener una clara consciencia de que la integración de América Latina es necesaria, que está amenazada por los efectos de una dependencia y una transculturación aceleradas, y que, por lo tanto, se deben instrumentar las medidas para actuar.

En segundo lugar, hay que establecer objetivos que conduzcan a la aprehensión y consolidación de la identidad del hombre latinoamericano, lo que implica un esfuerzo por recuperar las tradiciones, por ir contra la fluencia natural del tiempo, remontarlo en busca del origen, y efectuar una nítida exploración ontológica que conduzca

al reconocimiento. Y, desde este reconocimiento, insertarse en la corriente de la historia universal, como seres en otredad diferenciada que no se hallan exiliados de la gran tradición occidental a la que pertenecen, pero que no reniegan de la gran tradición latinoamericana que representan.

Y, en tercer lugar, programar la posibilidad de establecer verdaderamente bloques políticos, económicos y culturales que impidan que el deseo de integración se transforme en una aspiración vacía.

La consciencia del drama, término que se ha planteado en estos textos como proposición teórica para definir la situación latinoamericana, insiste en las vías inconclusas. Si no se tiene una identidad, y si de ella depende la integración, entonces ¿es factible crear una expresión integradora: un concepto que abarque los quehaceres totales de América Latina?

No es posible -y hay que aceptarlo- conservar el mundo tal cual fue (y el pasado es cada vez más próximo, el presente, cada vez más efímero, el futuro, más avasallador) sino introducirse en la corriente histórico-temporal y tomar posesión de la existencia. Pero para no perderse en esa corriente, para no diluirse en ella, es preciso conservar la densidad física y espiritual que distingue a un individuo de otro, de acuerdo con las particulares influencias y evocaciones que reciba de sus contextos.

Las vías para conseguirlo pueden ser varias:

- * La educación, con todo y el descrédito que pueda merecer, es susceptible de convertirse en un elemento de tal naturaleza que construya y refuerce un

sistema cognoscitivo-afectivo de lo regional latinoamericano, sin perder de vista los logros universales.

* Las condiciones económicas y sociales pueden establecer finas redes de intercambio: las economías nacionales latinoamericanas están afectadas en la actualidad por el mismo y grave mal, cuyos síntomas más notorios son: endeudamiento, devaluación progresiva del sistema monetario local en beneficio de una homogeneización de signo dólar, deterioro de las condiciones socio-económicas de vida de las poblaciones, dependencia económica de los países desarrollados-industrializados, que aprovechan para imponer sus ideologías políticas, sus productos y sus usos culturales, exportando también sus propias formas de crisis y decadencia. Pero nadie descarta la eventualidad de que una acción social y económica conjunta, apuntalada por una actitud política continua, homogénea y firme, pueda servir de punto de partida para una solución global de los conflictos del área.

* Por otra parte, hay que considerar que las manifestaciones espirituales (el arte y la cultura) de los pueblos latinoamericanos, son estamento que se muestra aún intacto, lleno de fuerza, reflejante de lo que se-es-en-América con una fidelidad extraordinaria, y, por lo tanto, es vía expedita para apuntalar la posibilidad de integración.

Sólo con una programación conjunta, guiada vigorosamente, y respaldada por una actitud de pensamiento coherente, sería posible salir del círculo vicioso que hoy involucra el quehacer del hombre latinoamericano. Mientras tanto, las crisis vigentes no sólo se están agudizando, sino que se están creando otras, y, entre ellas, la más grave, es la

negación latente del origen y regionalidad de lo latinoamericano, que no conduce tampoco a la adopción de otra identidad, y se queda en la máscara, el disfraz: en el enajenamiento.

Quizá tomando en cuenta todos esos elementos, y asumiéndolos en la praxis, identidad e integración converjan... Entonces, se finiquitará el estadio dramático. El conflicto se convertirá en un problema de índole moral: habrá (quizá) tragedia, y (quizá) con ella, la indispensable catarsis que permita una depuración de los instintos vitales. En conclusión, toda fundamentación reflexiva de la integración posible del ser latinoamericano, debe pasar por los núcleos del develamiento de la identidad (con todo lo que de búsqueda de centro y de origen haya implícito en ello), y por el esclarecimiento de la originalidad, es decir, de los rasgos de personalidad que confluyen en un ethos regional vigente.

En esos términos, buscando el piso común, los sitios por donde concurran las nacionalidades, aun después de las rupturas que se han sufrido, se puede consolidar una discusión que solvente los actuales problemas, los actuales retrocesos que (por factores intrínsecos o extrínsecos) conducen a la desintegración, y conseguir, primero: una cohesión de los objetivos pragmáticos, y luego: la reunión de los objetivos espirituales. Quizá entonces sea posible hablar de la Patria Latinoamericana, tal y como corresponde.

NOTAS EXPLICATIVAS DE LA PARTE I

1. Ver NUÑEZ, E.: "Lo latinoamericano en otras literaturas", en América Latina en su Literatura, p.93
2. Ver ARDAO, A.: Génesis de la idea y el nombre de América Latina, 1980.
 - 2.1. El auge de este término se produce entre 1846 y 1940, más o menos. Francisco García Calderón fue el principal impulsor del mismo por medio de sus dos obras fundamentales: La creación de un continente y Las democracias Latinas de América y de la "Revista de América", que aparece en París entre 1912 y 1914. Aún en 1922 aparece en París una revista titulada "Revue de l'Amérique Latine", donde también está vinculado García Calderón. Asimismo, fue usado con frecuencia por José Carlos Mariátegui y Victor Raúl Haya de La Torre. Pero anteriormente, Sarmiento había destacado el origen latino de la cultura continental que se producía al sur del Río Grande. Esta posición fue retomada por Pedro Henríquez Ureña en una de las etapas de su obra. Ver HENRIQUEZ UREÑA, P.: Obras Completas, Tomo IV: "Raza y cultura hispánicas", (1933); Ver FEBRES, L.: Pedro Henríquez Ureña: crítico de América, 1991
3. GERMANI, G. Citado en América Latina en su Literatura, Introducción de César Fernández Moreno, p. 8. Ver artículo "América Latina existe, y si no habría que inventarla", en Revista "Mundo Nuevo", Núm. 36, Paris, 1969.
4. Ver AINSA, F., Los buscadores de la Utopía, 1972
5. FÉVRE, F., "Fundamentos para una estética de la diferencia en América Latina en la tardomodernidad", en El Nacional, Caracas, febrero de 1992
6. Al respecto, ver FERRATER MORA: Diccionario de Filosofía, artículo sobre el espacio, artículo sobre el territorio; ver BLANCHOT, M: El espacio vacío; ver BERGSON, Obras Completas, Aguilar, Madrid., 1983
7. LANDGREBE, L., La filosofía actual, pp. 71-101
8. AINSA, F., Ob.cit., p. 14
9. Ver TRIAS, E., Drama e Identidad, 1974
10. Ver VASCONCELOS, J., La raza cósmica, 1958
11. Se acepta usar la palabra descubrimiento, a pesar de las reservas expresadas por algunos antropólogos y otros intelectuales, porque se entiende en su sentido de hallazgo, encuentro, manifestación explícita de algo que estaba oculto o ignorado.

12. VASCONCELOS, J. Citado por Jorge Gracia e Iván Jaksic, en Filosofía e identidad cultural en América Latina, p. 91
13. Ya se ha visto que esta situación fue distinta en la América Anglosajona, donde el patrón de asentamiento fue la instalación de familias completas de agricultores, comerciantes y artesanos, entre otros, lo que limitó el mestizaje, y, además, propició la destrucción de la población indígena existente, para facilitar esa instalación.
14. El mercantilismo (s. XV) no se instaura en España al mismo tiempo que en el resto de Europa. El estilo político y económico de Carlos V lo impidió. En consecuencia, dado que las colonias españolas eran codiciados emporios productores de materias primas, las guerras por control de mercados se trasladaron a los enclaves coloniales.
15. Declaraciones de Richard Olney registradas en la "Historia de Latinoamérica desde el comienzo al presente", capítulo 55, obra de Hubert Herring. Olney citado por FRANCO, J. en La cultura moderna en América Latina, p. 55
16. FRANCO, J. Ob. cit., p. 67
17. RAMA, A. Citado por Ana Pizarro en el prólogo de La literatura latinoamericana como proceso, edición a su cuidado, p.43
18. Ver MAYZ VALLENILLA, E., El problema de América, 1969

